

El 27 de enero de 1752 el rey don Fernando VI acogía bajo su protección y aprobaba los Estatutos de la Academia literaria existente en la capital del Principado de Cataluña que, desde aquel momento, se denominó Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Aunque ello no implica el nacimiento de la Corporación, pues existía como tal desde 1729 y continuaba la que, con el nombre de Academia Desconfiada, se constituyó en el año 1700, el Real Despacho de Fernando VI daba a aquel conjunto de estudiosos y literatos que se reunían periódicamente en un palacio de la calle de Montcada no tan sólo una oficial categoría en el complejo cultural de los extensos dominios de aquel monarca sino también un sentido de responsabilidad que les imponía una tarea seria y un quehacer colectivo. Indudablemente se debe a este carácter de Real Corporación el hecho de que la Academia barcelonesa haya podido perdurar, pese a guerras y revoluciones y momentos de acusada decadencia, y se mantenga en pie al cabo de dos siglos. La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, que a lo largo de sus dos veces secular existencia ha visto nacer y fenecer a su lado numerosas empresas de índole cultural, muchas de ellas conscientes y generosas, constituye un ejemplo de tenaz continuidad en lo intelectual y erudito y de serena y periódica vinculación entre las diversas generaciones de estudiosos y hombres de letras que han residido en Barcelona desde los albores del siglo XVIII. Retraída en su propia labor, que ha llevado y lleva a cabo en su íntimo y minoritario ambiente, hogar de convivencia y de mutuo respeto, la Real Academia se ha exteriorizado en sus sesiones y recepciones públicas, en sus diversas publicaciones impresas y solamente ha querido desbordar sus límites en aquellos momentos que lo exigían necesidades imperiosas o que la ciudad necesitaba de su autoridad y de su consejo, como ocurrió de 1835 a 1837, que suplió con la creación de cátedras

la falta de una universidad en Barcelona, o unos años después cuando afanosamente se dedicó a salvar cuanto pudo de los desastres que, también para la arqueología, suponía la política de desamortización.

La Corporación ha querido, en este fascículo de su BOLETÍN, conmemorar el segundo centenario de su denominación de Real Academia de Buenas Letras de Barcelona con una serie de trabajos, redactados por los actuales académicos en activo, dedicados a diferentes aspectos de la labor realizada por sus antecesores desde principios del XVIII. A cada académico ha sido asignado el tema que más cuadraba con su especialidad o preferencias, con libertad absoluta en cuanto a su enfoque y disposición. De ahí que, como era previsible, en varios trabajos coincidan materias y personalidades, aquéllas porque a menudo son difíciles de discriminar puntualmente, éstos porque, afortunadamente, entre nuestros antecesores abundan los académicos que han cultivado diversas actividades del saber.

Este conjunto de trabajos pone de manifiesto que desde el siglo XVIII hasta nuestros días no ha habido corriente espiritual, actitud literaria, técnica investigadora o afán erudito que no tuviera eco, por tenue que sea, en nuestra Real Corporación; y por otro lado hace ver que escasísimos son los estudiosos o cultivadores de las "buenas letras" de acusado relieve y residentes en Barcelona que no hayan pertenecido a nuestra Academia. Nos es dado el legítimo orgullo de ofrecer esta serie de trabajos sobre la labor desarrollada durante dos siglos en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona afirmando que aquí se encierra la historia de la cultura histórica y literaria de Cataluña desde principios del siglo XVIII hasta mediados del presente.